

se, correspondientes ó en posiciones diversas, se abren en la pared intermedia, quedando dividido el interior en cierto número de cámaras, de una sola entrada cada una y sin ventanas ni tragaluces. En el exterior, los muros se levantan verticalmente, mientras por el interior suben á plomo hasta cierta altura, inclinándose luego por medio de hiladas sucesivas, avanzando una sobre otra, hasta aproximarse á distancia de algunas pulgadas, cerrándose este espacio por losas que vienen á tener el oficio de una clave. Por este procedimiento quedan formadas bóvedas con la seccion de un trapecio, aunque en algunos casos arcos y bóvedas asumen la forma triangular, pues los muros se tocan por la parte superior en un ángulo próximamente de 45°: esto determina la forma del terrado superior á dos aguas, con los laterales igualmente inclinados. Lo que cambia por completo, casi en cada caso, es la parte decorativa; la fachada, siempre de piedra tallada ó de estuco, ofrece diversas labores, distintos objetos, cual si en cada una se llevara la intencion de relacionarla con el destino del edificio.

Las obras de este género resultan un tanto pesadas, aunque se les construiría así para resistir el empuje de los terremotos; oscuras, expuestas á la intemperie, á no admitirse que las puertas se cubrieran con cortinas durante la noche y en tiempos de vientos ó lluvias: las dimensiones les prestan, empero, un carácter de grandeza, y la decoracion las hace aparecer artísticas y hermosas. Los objetos allí encontrados, la distribucion de las cámaras, determinan á creer que son templos; quedaba el santuario en el centro del fondo, los compartimientos inmediatos estaban destinados para las ofrendas, y el corredor contenía á los fieles, tal vez sólo á los sacerdotes y á los iniciados, pues siendo estrechos no podían abrigar una muchedumbre: sin duda el pueblo asistía á las ceremonias del culto desde el pié de las pirámides, mirando de léjos lo que se le permitía de los misterios. La poca luz á que las entradas del frente daban paso, el estar colocado el altar y el dios en el fondo más sombrío, nos hace pensar que en aquella religion había mucho de secreto; varias prácticas debían de pasar á la claridad de la luz artificial, y para llegar al númen había dificultades que vencer, tinieblas por las cuales era indispensable atravesar. De estos templos, los pequeños parecen destinados exclusivamente al ídolo y á los objetos de su cul-

to; se concibe que en los mayores tenían habitacion los sacerdotes, viviendo en una especie de comunidad.

Esta clase de edificios son los más frecuentes; pero se ven otros, bajo las bases comunes de construccion, abarcando una gran superficie y conteniendo patios interiores, corredores, pasadizos, torres, escaleras, &c.: la distribucion general no deja duda acerca de que se trata de palacios, de habitaciones destinadas á los jefes supremos, á sus familias y servidumbre. Pocas construcciones difieren de las enunciadas, calificadas como afectas á reuniones públicas, aunque no se comprende su objeto verdadero.

Sepultados bajo la vegetacion tropical de Chiapas y de Yucatan, yacen las pirámides sosteniendo las reliquias de templos y de palacios; la superficie por ellas ocupada marca la extension de la ciudad primitiva, en la cual sólo se distinguen montones de escombros ó trozos mutilados de estatuas incompletas. No se perciben las calles, pocas veces las plazas; no tropieza el pié con las casas de la gente menuda que debieron ocupar la llanura, pues de materiales poco sólidos, sus restos han de estar confundidos en el suelo de la actual pradera. Obsérvanse algunas veces murallas de circunvalacion, con apéndices que hacen pensar en reductos, y puertas de socorro. En un país como la península yucateca donde escasean rios perennes y no abundan los manantiales, la falta de agua potable es el mayor estorbo á la reunion de un gran número de individuos; para obviar el inconveniente, los antiguos constructores aprovachaban los pozos naturales, construían represas ó aguadas, y labraban en la roca depósitos subterráneos para recoger las aguas pluviales y guardarlas para los tiempos secos. Estas obras, no las ménos admirables de aquella época, dan un tipo peculiar á las ciudades, maravillas del arte, bajo cualesquier aspecto que se les considere.

Marcados los puntos comunes de semejanza, pasamos á decir pocas palabras acerca de cada monumento en particular. Existían en las casas consistoriales de Ocoingo dos lápidas en piedra, sacadas de Tonila, pueblo dos leguas al O. y cuyo nombre en lengua zendal significa *casas de piedra*. (1) Representa la una un prisionero desnudo, los ojos cerrados, y sujetos los brazos á la espalda por cordeles: cúbrele la cintura una faja con las pun-

(1) Dupaix, tercera exped. lám. VIII, núm. 13 y 14.

tas, cayendo hasta cerca de la rodilla, cual si fuera el *maxtlatl*: el tocado es una especie de gorro con un plumaje, y la parte inferior de las orejas está atravesada por una cinta, rodeando el cuello. La segunda lápida contiene dos figuras, sentada la una con las piernas cruzadas; parada la otra, y cual si estuvieran en conversacion; cascos guerreros con plumas y picos de ave, abrigan las cabezas; cubren su desnudez con la faja de puntas colgantes, y hay en la orla dibujos que pudieran tomarse por geroglíficos.

Las estatuas mutiladas de Ococingo (Chiapas) carecen de la cabeza, por la cual no se les puede juzgar con exactitud, aunque puede asegurarse ser del todo diferentes de las de Copan. (1) Los templos guardan el tipo general (2) sin embargo de que la puerta termina en el arco triangular y la fachada en estuco carece de adornos; Dupaix observa como muy singular, encontrarse allí las dos únicas pirámides completas acabadas en cúspide, supuesto el ser las demás truncadas. Stephens (3) visitó también aquellas ruinas, creyendo ver sobre la puerta del santuario el globo alado de los templos egipcios. Observando el dibujo, ni parece bien expresado el globo, estarían las alas en sentido inverso, y faltan las serpientes, símbolo del tiempo y de la eternidad. A nuestro vista es una especie de trofeo compuesto de un escudo central, de un arco con su cuerda y alguno de los adornos de plumas para la cabeza; los puntos del medio podrían corresponder á una fecha. Para nosotros, las ruinas de Ococingo sólo ofrecen una reminiscencia del Palenque, pertenecen á este tipo, aunque degenerado é imperfecto, y son de tiempos muy posteriores al modelo.

Las ruinas del Palenque toman su nombre del pueblo inmediato; se ignora la verdadera denominacion, perdida en la noche de los tiempos con la del pueblo constructor de aquellas maravillas. Llamámoslas así, porque en despecho del desden de personas poco instruidas, han atraído la atención del mundo científico, cautivando la mente y dando motivo á profundas investigaciones. Palenque ofrece el tipo general de construcción, y allí se observa la perfecta línea de demarcación entre el palacio y el

(1) Dupaix, loco cit. lám. IX, núms. 15 y 16.

(2) Dupaix, ibid. lám. X, núm. 17.

(3) Central América, tom. II, pág. 258.

templo. El palacio, fuera de los patios interiores, las viviendas y los corredores, contiene dos cosas peculiares: una, la torre cuadrada de cuatro pisos, con escaleras interiores, y servía para dominar con la vista la llanura; la otra, las ventanas de diversas formas en las paredes intermedias, llamando la atención las de figura de cruz griega, de brazos iguales, y las de T *tan*, recordando la cruz con asa de las pinturas egipcias.

Palenque es la ciudad de los bajos relieves y de las inscripciones. En el palacio, ya en los macizos al lado de las entradas, ya junto á las escaleras y en las cámaras interiores, se presentan imágenes de hombres ó de mujeres, en estuco pintado un tiempo de rojo ó sobre piedra; parecen cuadros alegóricos, acompañados de caracteres geroglíficos explicativos. Los templos muestran aún en el santuario los objetos del culto, entallados en piedras duras, con los sacerdotes ó iniciados, y en las paredes líneas verticales de signos de una escritura curiosa, relatando, á no dudarlo, los preceptos religiosos, la leyenda mitológica, ó algun suceso histórico digno de memoria.

Las figuras monstruosas egipcias ó hindus, mexicanas ó tzapotecas, declaran inmediatamente su intento mítico y mitológico; pero la representación natural de objetos animados ó inanimados hechos por los decoradores de todos los países, son retrato de las personas y de las cosas que les rodean, é impropio fuera suponer que correspondieran á ideales de tipos desconocidos. Por esta razón debemos admitir, que las facciones y los trages dibujados en los relieves, son trages y facciones de la población habitadora de los monumentos. Dos rasgos distintivos presentan aquellas cabezas; la prolongación posterior del cráneo, semejante á la practicada por algunos pueblos antiguos de América, como los peruanos, &c.; la forma de la nariz, que por contraste influye en hacer más aparente aquella prolongación. Esto segundo lo había notado ya Dupaix, (1) diciendo en su lenguaje ingenuo:—“Es necesario advertir, que sin embargo de la corrección de dibujo que en general observamos en los dichos relieves, no podremos menos de extrañar el perfil amanerado de los rostros, pues desde la cima de la cabeza hasta la extremidad de la nariz describe una curva ó cuadrante de círculo, contra el

(1) Loco cit. números 27 y 28.

orden perenne de la figura original; y para hacer más visible este fenómeno, afectan de presentarnos á la vista unas narices desmedidas y perfiladas. Es verdad que el perfil de una figura cualquiera es más fácil de sacar que su frente; como quiera que sea, esta porfía nos da mucho que pensar, de manera que las caras y las vestiduras anuncian una casta de hombres desconocida de los historiadores antiguos y modernos, la que existía en aquellos tiempos remotísimos de nuestras eras.

Notamos en las formas del cuerpo desnudo, armonía y belleza; la fisonomía fuera hermosa sin la boca abultada; dista mucho el conjunto del tipo americano; y bien pudiera tomarse por el de la raza ariana. Por lo tocante á la nariz, podemos dar una explicación. Cuando el Ministerio de Fomento compró el Museo yucateco de los padres Camachos, tuvimos ocasión de estudiar los objetos extraídos del Palenque. Observadas las figuras humanas, sólo algunas ostentan la curva notada en los relieves; presentan las demás un órgano natural. Aquellas, al primer exámen, advierten que la parte saliente está sobrepuesta, expresándolo intencionalmente las líneas, desde la frente hasta cerca del extremo de la nariz, no dejando la menor duda acerca de su objeto. Prueba es esta concluyente de no tratarse de cosa natural, sino de un distintivo, un adorno convencional para marcar una tribu, una raza ó una condición en aquella sociedad.

En lo relativo al traje, se presentan, al ménos, dos muy marcados. El uno parece pertenecer á las clases superiores, y consiste en un tocado compuesto de un gorro con cintas, plumas y adornos; pendientes en las orejas; collares más ó ménos anchos, y un sartal de cuentas rematando en un medallón, semejante á los rosarios que los peregrinos tomaron en Asia, é introdujeron en Europa; pulseras; en la cintura, hasta el muslo, un faldellín, atado con la faja de puntas colgantes, con flecos, cuentas y bordados; ruedos de cuentas debajo de las rodillas, y zandalias semejantes á las de las estatuas romanas. Tienen las mujeres cubierto el seno; las enaguas angostas hasta la pantorrilla, con una red tomada cada maya en una cuenta, rematando en un ruedo de cuentas y un ancho fleco. No son los mismos estos vestidos, si bien son parecidos á los usados en Copán. Sencillo es el traje de la gente menuda; tocado ligero, collar, pulseras y el paño, enredado á la cintura, de puntas colgantes.

Ciertos medallones en estuco parecen representar dioses. Ataviados de un modo cuidadoso, están sentados á la manera oriental sobre un banco terminado por dos cabezas de un animal bravo con sus collares, y estribando sobre las patas con garras. Parecen dioses, porque abajo del relieve hay mesas de piedra, destinadas, en nuestro concepto, á recibir las ofrendas. En los templos existen dos objetos notables, consagrados evidentemente al culto. El principal y más conocido, por haber llamado sobradamente la atención, es el nombrado por de la Cruz, (1) á causa de que en el centro del relieve se distingue una cruz latina, con varios adornos, á cada lado una figura en pié en actitud de ofrendar, con los trages que pudieran ser de los sacerdotes ó de los iniciados, y cerrando el cuadro grandes columnas de geroglíficos. El segundo relieve, mencionado sólo por Stephens, (2) difiere del anterior en ostentar en el centro la imagen del sol, sostenida sobre una especie de andas por viejos sacerdotes, sentados con las piernas cruzadas, las cabezas inclinadas y las manos firmes en tierra, cual si les agobiara el peso; los personajes laterales ofrendan unas figurillas fantásticas, conteniendo la lápida las columnas de escritura geroglífica.

La parte decorativa, ya en las paredes, ya sobre las puertas del subterráneo bajo el palacio, son artísticas, elegantes, de líneas graciosas, con pájaros y cuadrúpedos fantásticos, la serpiente repetida en varios lugares, flores, frutos, cuentas y labores unidas, de una manera armoniosa. (3) Si comparación admiten, es con las composiciones míticas de los pueblos orientales.

Ocupándonos ya en los monumentos propios de Yucatan, comenzaremos por la ciudad antiquísima de Itzamal. En los tiempos del P. Landa, las pirámides y edificios eran todavía once ó doce; ahora quedan algunas ruinas, llamando la atención las tres grandes moles de piedra cercanas á la plaza principal. La ciudad primitiva era un santuario reverenciado, al que acudían peregrinos de los lugares más distantes: atraían el concurso los tres grandes templos destinados al culto, conteniendo los despojos del

(1) Dupaix, tercera exped. lám. XXXVI.—Stephens, Central América, tom. II, pág. 344.

(2) Loco cit. frontispicio.

(3) Dupaix, láminas XXV y XXVII.

legislador y taumaturgo Zamná. El del lado austral de la plaza, se denominaba Itzamatul, guardaba el corazón y las cenizas de Zamná, y sobre él está construida la parroquia y el convento que fué de religiosos franciscanos, fundado, según el P. Landa, (1) el año 1545. La pirámide del N. llevaba en lo antiguo el nombre de kinich-kakmó ó *Sol con rostro*, por depositarse allí el rostro. Es el monumento mayor de su clase en Itzamal y en todo Yucatan. El P. Landa, (2) que lo vió pocos años después de la conquista, lo describe de esta manera:—"Hay aquí en Itzamal un edificio entre los otros de tanta altura, que espanta, el cual se verá en esta figura y en esta razón de ella. Tiene 20 gradas de á más de dos buenos palmos de alto y ancho cada uno, y tenía más de cien piés de largo. Son estas gradas de muy grandes piedras labradas, aunque con el mucho tiempo y estar al agua, están ya feas y maltratadas. Tiene después labrado en torno como señala esta raya, (á la) redonda labrada de cantería una muy fuerte pared, á la cual como estado y medio en alto sale una caja de hermosas piedras todo á la redonda y desde ellas se torna después á seguir la obra hasta igualar con la altura de la plaza que se hace después de la primera escalera. Después de la cual plaza se hace otra buena placeta, y en ella algo pegado á la pared, está hecho un cerro bien alto con su escalera al mediodía, donde caen las escaleras grandes y encima está una hermosa capilla de cantería bien labrada. Yo subí en lo alto de esta capilla, y como Yucatan es tierra llana, se ve desde ella tierra cuanto puede la vista alcanzar á maravilla y se ve el mar." Stephens, (3) la describe en breves palabras: "Dos ó tres cuadras distante de la plaza, dice, visible en todas sus grandes proporciones, se alzaba la más estupenda de las pirámides que hubiéramos visto en el país, teniendo quizá de seiscientos á setecientos piés de largo por sesenta de altura, y en la cual creemos, fuera de duda, se encierran construcciones interiores."

El templo del O., era el conocido por Kab-ul, *mano obradora*. "Tiene unos doscientos piés de largo, por treinta de alto. La parte que caía al corral, (de la casa de la Sra. Mendez), estaba com-

(1) Loco cit. pág. 330.

(2) Ibid. pág. 328.

(3) Viaje á Yucatan, tom. II, pág. 435.

pletamente arruinada; pero la que daba á la casa aparecía de un cabo á otro, cubierta de colosales adornos en estuco, muchos de los cuales habían caído, y entre cuyos fragmentos se descubría una cabeza gigantesca de siete piés; ocho pulgadas de altura, por siete piés de ancho. El fundamento de la obra, son piedras salientes cubiertas de estuco; de la barba se prolonga una piedra de un pié seis pulgadas de largo, destinada tal vez para quemar copal, como en una especie de altar. Era la vez primera que miráramos un adorno de esta clase en la parte exterior de estos monumentos. La severidad y la fiereza en la expresión, nos recordaban á los ídolos de Copan, y sus dimensiones colosales relacionadas con las de la gran pirámide, producían una impresión extraordinaria de grandeza., (1) Stephens llegó á Itzamal durante las fiestas de la Santa Cruz, y en medio de aquella alegre escena, no podía menos de volver los ojos á los grandes túmulos, que descollaban sobre los techos de las casas, y con cuyos materiales ha sido construida la ciudad entera, sin aparecer que ellos disminuyan en sus colosales proporciones, estando destinados aparentemente á subsistir, mientras las débiles estructuras de sus más civilizados conquistadores, se reducirán á polvo.

Las pocas noticias históricas que de Yucatan tenemos, colocan la fundación de la ciudad de Itzamal en los tiempos más antiguos: aquellos monumentos, en rigor hablando, pertenecen á la época histórica; mas como las relaciones no saben decir el nombre de los pueblos constructores, y corresponden propiamente á los tiempos oscuros, caben dentro del estudio que vamos practicando. Itzamal materializa la primitiva civilización de los mayas: aparece ya formada, en cierto grado de robustez, ignorándose el camino seguido para llegar á semejante altura. Sus caracteres principales los suministran las obras piramidales; túmulos para encerrar los despojos de Zamná, se transformaron por último en templos. Las pirámides allí asumen una construcción peculiar: no son de tierra ni por pisos sucesivos como las de Teotihuacan y Cholollan; de piedra y mezcla, presentan mayores analogías con las pirámides de Egipto, si bien se apartan en

(1) Stephens. Yucatan, tom. II, pág. 434. Otro dibujo de la misma cabeza se encuentra en la obra intitulada: Views of ancient monuments in Central America, Chiapas and Yucatan by F. Catherwood. Arch. New York. 1844.